

## **Sobre la memoria histórica reciente y el “discurso patriótico” español del siglo XXI\***

**Xosé M. Núñez Seixas**

La existencia de un nacionalismo español en la España democrática posterior a la muerte de Franco es aún objeto de debate entre los científicos sociales y los propios políticos e intelectuales españoles en general, debate que conoce igualmente una cierta proyección en la esfera pública. No se cuestiona la existencia de nacionalismos subestatales opuestos a la concepción de España como “patria común e indivisible de los españoles”, como reza la Constitución de 1978; incluso aquéllos (vascos, catalanes, gallegos, etc.) asumen y aceptan su condición de nacionalistas. Pero ser nacionalista español no es algo reconocido por todos aquellos que defienden y asumen que España es una nación.

Todo depende, naturalmente, de qué entendamos por el término “nacionalismo”. Si compartimos la acepción, corriente en el ámbito germanófono, que identifica nacionalismo con la exaltación de la concepción orgánico-historicista, etnicista y esencialista de la comunidad política frente al concepto cívico de la nación de ciudadanos, y por tanto como sinónimo de posiciones políticas que en último término son susceptibles de derivar en la defensa de la comunidad orgánica frente a la democracia y la voluntad ciudadana, no sólo habría pocos nacionalistas españoles, sino también menos nacionalistas gallegos, vascos o catalanes de lo que parece. Si definimos “nacionalismo” como la ideología y movimiento sociopolítico que defiende y asume que un colectivo territorial definido es una nación, y por tanto depositario de derechos políticos colectivos que lo convierten en sujeto de soberanía, independientemente de los criterios (cívicos, étnicos o una mezcla de ambos) que definan quiénes son los miembros de pleno derecho de ese colectivo, entonces hay nacionalistas españoles sin ser necesariamente antidemócratas, al igual que los hay vascos o canarios. Optar por esta última definición comporta dos consecuencias teóricas. Primera, que utilizamos el término “nacionalista” sin connotaciones normativas: lo que hace políticamente aceptable un nacionalismo no es el territorio que defienda como sujeto de la soberanía, sino la compatibilidad de sus postulados ideológicos con la democracia. Segunda, que definir de este modo “nacionalismo” implica también que su presencia es detectable incluso en programas y tendencias políticas que asumen y defienden como un hecho indiscutido e indiscutible cuál es la nación a la que pertenecen. Ello no implica que ese componente ideológico sea visible, es decir, que ocupe necesariamente el centro de su agenda política y sus prioridades estratégicas. Por el contrario, el componente nacionalista (definir qué nación es la que se defiende) jugará un papel protagonista en la agenda de aquellos partidos o movimientos sociopolíticos cuya nación de referencia no goza de un

---

\* Una primera versión de este artículo, que se encuadra en el marco del proyecto de la DGICYT BHA 2002-01073, ha sido presentada en alemán con el título “Gibt es einen spanischen Nationalismus nach 1975? Zur Rolle des historischen Gedächtnisses im spanischen patriotischen Diskurs” en el Coloquio *Diktaturbewältigung, Erinnerungspolitik, Geschichtskultur - Polen und Spanien im Vergleich*, Wrocław-Kryzowa, 12-15-VI-2003.

reconocimiento institucional considerado suficiente (es decir, un Estado-nación reconocido internacionalmente). Pero en los nacionalismos con Estado, y que dan la nación por preexistente, el nacionalismo aparecerá como componente visible en tres supuestos básicos: amenaza o agresión exterior; desafío de nacionalismos alternativos en el interior de sus fronteras, o irrupción en su territorio de poblaciones consideradas extranjeras; o elevación del vínculo comunitario nacional a categoría central de su cosmovisión, por encima de otras formas de identidad colectiva (lo que, en el último caso, suele llevar aparejada –aunque no siempre– una preferencia por ideologías antidemocráticas).

Sin embargo, la etiqueta de “nacionalista” es mayormente rechazada en el ámbito político por aquellos partidos, programas y cosmovisiones intelectuales que comparten una serie de postulados básicos que a mi juicio bastan para considerarlos nacionalistas. Es decir: A) la idea de que España es una nación y por tanto único sujeto de derechos políticos colectivos; B) el reconocimiento de que la condición nacional de España no se deriva exclusivamente de la Constitución de 1978, sino que España como colectivo tiene una existencia histórica común que data al menos del siglo XV y por tanto la aceptación de que el *demos* que constituye el ámbito territorial de ejercicio de la soberanía está predeterminado por factores supuestamente objetivos, como lo reconoce la propia Constitución; y C) la oposición de principio a la posibilidad de una secesión pacífica y democrática de aquellas partes del territorio español donde pueda predominar, de forma claramente mayoritaria y continuada, una conciencia nacional diferente de la española. La defensa de estos postulados, según buena parte de sus promotores, no supone sin embargo la aceptación de la etiqueta de “nacionalista”. Por el contrario, se rechaza el término y se sustituye por el de “patriota español”. Patriotismo que, según se afirma explícitamente, constituye sin más una fidelidad profunda y sincera a la nación a la que se pertenece, no necesariamente por convencimiento electivo sino porque la existencia de esa nación está ya dada por un poso compartido de siglos de historia, cultura y convivencia en común, y que por lo tanto constituiría hasta un imperativo ético de cualquier ciudadano español<sup>1</sup>. Sin embargo, el discurso político y público explícito imperante en la mayoría del arco político español ha mantenido este patriotismo casi oculto.

### Una difícil relegitimación

La historia, y el peso de la guerra civil y el franquismo, tienen mucho que ver con esta invisibilidad relativa del patriotismo/nacionalismo español, términos que para mí son esencialmente sinónimos, particularmente cuando hablamos de nacionalismos de estado<sup>2</sup>. La invisibilidad, aunque no inexistencia, del nacionalismo español tras 1975 estuvo determinada por tres factores. Primero, la deslegitimación del patriotismo español por su apropiación simbólica y discursiva por parte del régimen franquista, que afectó también a la continuidad de la tradición del

<sup>1</sup> Véase GONZÁLEZ QUIRÓS, José Luis, *Una apología del patriotismo*, Madrid, Taurus, 2002, pp. 138-40; QUINTANILLA, Miguel Ángel, “A propósito del patriotismo. Autoestima o autocondena, límites de la conciencia histórica”, *Nueva Revista*, 85, 2003, pp. 9-14, o PENDÁS GARCÍA, Benigno, “Sobre patria, nación y otras logomaquias”, *Veintiuno. Revista de pensamiento y cultura*, 54, 2002, pp. 31-34.

<sup>2</sup> Sobre el particular, véanse las reflexiones de BILLIG, Michael, *Banal Nationalism*, Londres, Sage, 1995, pp. 55-59.

nacionalismo español de impronta liberal-democrática (presente desde el XIX). Segundo, la legitimación paralela como sinónimo de antifranquismo de los postulados políticos y culturales de los nacionalismos periféricos, a los que se acercaron buena parte de las izquierdas antifranquistas. Y, tercero y más importante para lo que aquí nos ocupa, la ausencia de un elemento central presente en otros nacionalismos de estado de Europa occidental tras 1945: un consenso antifascista que actuase de mito relegitimador, cuando no refundador, de la nueva comunidad nacional democrática<sup>3</sup>. El hecho de que la memoria reciente de la guerra civil y del franquismo no fuese compartida impedía que cristalizase una memoria patriótica común cimentada en el pasado reciente. Por el contrario, en el caso español persistió una memoria patriótica escindida que ya era típica de la dicotomía entre patriotismo liberal y patriotismo tradicionalista durante el siglo XIX<sup>4</sup>. Las visiones del pasado eran radicalmente opuestas, tanto en el pasado remoto como en el reciente.

En mi opinión, el discurso nacionalista español no desapareció con la muerte de Franco, del mismo modo que no lo hizo la identidad colectiva española. Pero sí es cierto que el universo simbólico y discursivo global del patriotismo español se vio forzado a una drástica, pero lenta, reformulación, que dista de haber concluido. Tras 1975, de hecho, el nacionalismo español se enfrentó a varios desafíos. En primer lugar, debía recomponer su legitimidad histórica, tanto remota como, sobre todo, reciente. En segundo lugar, tuvo que aceptar definitivamente la pluralidad etnocultural como elemento constitutivo e irrenunciable de la personalidad histórica y nacional de España, lo que suponía reducir o, cuando menos, matizar el énfasis en la homogeneidad etnocultural, como consecuencia de la necesidad de adecuar el discurso y praxis del nacionalismo español a la nueva realidad institucional y política diseñada por el Estado de las Autonomías. En tercer lugar, debía resistir y contrarrestar el permanente desafío de los nacionalismos subestatales, que lejos de poner un fin a sus demandas de autogobierno se han consolidado social y políticamente y han elevado periódicamente el listón de sus reivindicaciones. Y todo ello, además, debía hacerse compatible con el impacto de la incorporación al proceso de unidad europea y, por tanto, con las cesiones efectivas de soberanía hacia arriba, hacia una instancia supraestatal, que el Gobierno español se vería obligado a hacer.

Las respuestas del discurso patriótico español han sido diversas a derecha e izquierda. En general, podemos afirmar que la totalidad del espectro democrático, conservador y liberal, acepta tres postulados fundamentales. En primer lugar, que la pluralidad etnocultural forma parte del nuevo concepto de nación española, aunque los límites de esa aceptación de la pluralidad son variables. En segundo lugar, que España es una realidad forjada objetivamente por la Historia, desde al menos la Edad Moderna, y por tanto esa historicidad forjaría una realidad secular de convivencia en común que pesaría tanto o más que la voluntad democrática y libre de los ciudadanos en un momento concreto presente o futuro. Ese peso de la Historia, sin embargo, no es uniforme a derecha e izquierda: unos y otros otorgarán mayor peso a unos episodios y herencias que a otros en su definición de cuál es el patrimonio compartido de convivencia en común que debería seguir uniendo a los españoles. Y en tercer lugar, que la defensa de la Constitución de 1978 entraña la asunción de un

---

<sup>3</sup> Véase STRÁTH, Bo (ed.), *Myth and Memory in the Construction of Community. Historical Patterns in Europe and Beyond*, Bruselas, etc., Peter Lang - Presses Interuniversitaires Européennes, 2000.

<sup>4</sup> Véase ÁLVAREZ JUNCO, José, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001.

patriotismo plural que incluye la defensa de las libertades y derechos individuales, y que es además relegitimado frente a un desafío nacionalista periférico que, en esencia, es reputado como tendencialmente etnocéntrico, y a veces violento.

Es cierto, sin embargo, que dentro de ese españolismo democrático persisten amplias zonas de incertidumbre. De entrada, los límites de la tan cacareada aceptación de la pluralidad. ¿Qué significa exactamente, por ejemplo, asumir la pluralidad cultural, tanto en términos institucionales como legislativos?<sup>5</sup> En segundo lugar, el españolismo democrático se enfrentará a un patrimonio simbólico y litúrgico formal lastrado por su amplia y aplastante utilización durante el franquismo y por las concesiones que en ese aspecto se vio forzada a hacer la izquierda antifranquista. Ello creó un déficit de vínculos comunitarios y emocionales, imprescindibles como vehículo movilizador de masas, no sólo en lo referente a la escasez relativa de invocaciones públicas a mitos y gestas históricas, sino también en todo lo referente a la aceptación de los símbolos formales de España, desde la bandera bicolor al escudo de armas o el actual himno nacional. Sólo en parte se ha compensado ese déficit con la potenciación sustitutiva de símbolos informales y, por ello, no contaminados por el estigma del franquismo, desde los deportes hasta el ocio de masas.

Este discurso general tiene a su vez diversas variantes, desde la extrema derecha a la extrema izquierda, que simplificaremos aquí<sup>6</sup>. En la izquierda se pueden resumir en las siguientes: En primer lugar, la insistencia en un patriotismo constitucional español, adaptación un tanto forzada del término acuñado por los filósofos alemanes Sternberger y Jürgen Habermas, desde principios de los años noventa, y complementado de forma paralela por la adopción de la división, según había formulado Friedrich Meinecke en 1907, entre *Kulturnation* “nación cultural” y *Staatsnation* traducido literalmente como “nación política”. Esa diferenciación, escasamente consistente desde el punto de vista teórico, entre nación política (España) y nación cultural (Cataluña, Galicia, etc.) fue ampliamente utilizada en los años ochenta y parte de los noventa para concluir, mediante una metáfora inclusiva, que España es una “nación de naciones”, concepto preferido en su día por Felipe González. Sin embargo, se trata de una definición conceptualmente débil: pues sólo la nación política (España) tendría el atributo esencial de una nación, como es el ser sujeto de la soberanía<sup>7</sup>. Por lo tanto, en la práctica se trataba de una cobertura políticamente correcta para vestir el santo de una concepción que considera a España como una nación, eso sí, basada en valores predominantemente cívicos y culturalmente plural. La nueva legitimidad democrática de la España constitucional constituiría un nuevo punto de encuentro para todos los ciudadanos más allá de sus

<sup>5</sup> Por poner un ejemplo: en materia lingüística, ¿dónde acaba la tolerancia: debe el castellano ser lengua exclusiva en unos territorios, y los demás idiomas serlo en sus comunidades respectivas, al estilo belga? En este aspecto los límites son inciertos, lo que abre una cierta diversidad de posturas. Y aunque la pluralidad etnocultural es aceptada y hasta potenciada, no se renuncia en ningún momento a la consideración del castellano como principal marcador cultural de España, y por tanto como un orgullo común. Ya no se hablará, sin embargo, de su superioridad social o de la congruencia entre lengua y fronteras. Pero sí se reformulará la preferencia por la primacía del castellano como idioma en términos de mercado.

<sup>6</sup> Para un intento de tipologización del discurso patriótico español posterior a 1975, véase nuestro artículo “What is Spanish Nationalism today? From Legitimacy Crisis to unfulfilled Renovation (1975-2000)”, *Ethnic and Racial Studies*, 24, 2001, pp. 719-52.

<sup>7</sup> Para un análisis crítico de este discurso, véase BASTIDA, Xacobe, *La nación española y el nacionalismo constitucional*, Barcelona, Ariel, 1998.

lealtades etnoculturales. En segundo lugar, se situaría igualmente un énfasis neoorteguiano en la vocación europea de España, que permitiría “diluir” los problemas de cohesión nacional interna de España en una realidad más amplia. El «proyecto sugestivo de vida en común» que decía Ortega y Gasset en su *España invertebrada*, y que tanta influencia tuvo en sus formulaciones en el discurso del patriotismo constitucional, se reformulaba ahora en clave europeísta. España debería superar los siglos de atraso histórico, y esa nueva e ilusionadora empresa modernizadora debería constituir un punto de encuentro adicional.

Más tarde, con todo, desde fines de la década de los noventa, también desde la izquierda socialdemócrata se recordará que la versión española del patriotismo constitucional parte de una situación radicalmente diferente de Alemania, donde existe un sentimiento patriótico compartido sin discusión y donde el problema consistía en “civilizar” el patriotismo haciéndolo compatible con los valores constitucionales. Por el contrario, en el caso español se parte de una patria no asumida por todos y cuyo ámbito territorial está sometido a frecuente discusión. Por lo tanto, la discusión gira alrededor de la patria que es sujeto y *demos* de la Constitución, y sería vano el intento de poner el énfasis en lo constitucional y sus valores cívicos asociados (que, pongamos por caso, también se podrían aplicar a otra patria alternativa: vasca, catalana, gallega, etc.) si falta un fermento de cohesión que no ponga en discusión el ámbito de soberanía donde se ejercerán esos valores cívicos. En consecuencia, también desde la izquierda se elevarán voces que apuntarán a la necesidad de recuperar valores históricos comunes de los que sentirse orgullosos, de enfatizar las grandezas de la cultura española presente y pasada y de tener espejos simbólicos en los que mirarse con satisfacción, y no con doliente resignación. En definitiva, de preocuparse de la patria al mismo tiempo o antes que de la Constitución, en primer lugar mediante la afirmación de sus símbolos<sup>8</sup>. De ahí la importancia que adquirirá también, desde la izquierda (o una parte de ella) la conciencia histórica.<sup>9</sup> El problema será ahora otro: ¿Qué pasado? ¿Dónde está el acervo histórico y cultural común que uniría a todos los españoles, no sólo a los del “centro” y a los de la “periferia”, sino también a los de la derecha y la izquierda?

Ese pasado, sin embargo, todavía no podía ser la guerra civil, y muy difícilmente el franquismo. De hecho, y como continuación del olvido de la guerra civil durante la transición<sup>10</sup>, el discurso patriótico de la izquierda, y también el patriotismo constitucional, renunció durante la década de 1980 a “desenterrar” ambos periodos en aras de la reconciliación nacional. El pedigrí antifranquista de la izquierda estaba fuera de duda; su identificación con el bando vencido en 1939 también. Sin embargo, para mantener el consenso sobre el relativo “olvido” de la guerra civil, durante el período de gobierno del partido socialista (1982-96) la memoria de la guerra civil no fue especialmente cultivada y promovida desde el poder. El mensaje predominante consistió en concentrarse en el futuro, la vocación europeísta de España, y la superación de los viejos rencores. Con todo, el peso de la

<sup>8</sup> Véase por ejemplo JIMÉNEZ DE PARGA, Manuel, *La ilusión política. ¿Hay que reinventar la democracia?*, Madrid, Alianza, 1993, pp. 232-34.

<sup>9</sup> Véase AGUADO, Javier, “Los límites del neopatriotismo”, *Claves de Razón Práctica*, 122, 2002, pp. 41-46, y LABORDA, Juan José, “Patriotas y de izquierda”, *Claves de Razón Práctica*, 122, 2002, pp. 47-53.

<sup>10</sup> AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma, y HUMLEBÆK, Carsten, “Collective Memory and National Identity in the Spanish Democracy: The Legacies of Francoism and the Civil War”, *History & Memory*, 14, 2002, pp. 121-64.

deslegitimación franquista del discurso patriótico de la izquierda persistía: aún había problemas para aceptar la simbología “heredada” del franquismo, por ejemplo: El discurso histórico oficial en conmemoraciones y exposiciones tendió más bien a cultivar y recordar las épocas pretéritas para evitar (supuestamente) el resurgimiento de viejas querellas. Si no se podía encontrar un motivo de orgullo común en la defensa de Madrid frente a las tropas franquistas, pongamos por caso, y el Dos de Mayo tenía un cierto componente xenófobo incompatible con el europeísmo proclamado, el discurso oficial se enfrascó en la búsqueda de una legitimidad más remota. El descubrimiento y colonización de América adquirieron aquí un papel estelar, sobre todo el primero: España siempre podría sentirse orgullosa de haber apadrinado los viajes de Cristóbal Colón. Razón por la que, pongamos por caso, el Gobierno socialista prefirió instaurar en 1987 (Ley 18/1987) el doce de octubre como fiesta nacional, en vez del seis de diciembre que otros partidos y sectores propusieron: la historia, aunque interpretada en sentido liberal, y el carácter fundacional del Estado español que tendría la fecha, le ganaron aquí la batalla simbólica a la Constitución<sup>11</sup>.

La memoria propia de los partidos y organizaciones de izquierda siguió venerando sus líderes y su pasado, el exilio y la guerra. Pero un hecho cierto es que el Gobierno socialista apenas prestó atención a ese pasado trágico. Asumió el olvido y buscó motivos diferentes para conmemorar y reforzar los vínculos emocionales y comunitarios entre los españoles. Buena prueba de ello fueron las celebraciones del V Centenario del descubrimiento de América (1992), reinterpretado en clave positiva como un nuevo proyecto de hermandad con Latinoamérica, con alguna tentativa de presentarlo como un encuentro de culturas (y no como una conquista) pero sin cuestionar buena parte de los mitos heredados sobre la conquista y colonización de América. Igualmente se reivindicó el reformismo ilustrado borbónico, con figuras como el rey Carlos III, en el que se veía un reflejo del empeño modernizador “desde arriba” del Gobierno socialista. Esto se sumaba, al igual que en la derecha, a una moderada apropiación selectiva de la memoria particular de los regionalismos y nacionalismos periféricos ibéricos, particularmente del andaluz, del gallego o del catalán, por su mayor abundancia en figuras lindantes con la izquierda y que no se distinguieron por su radicalismo independentista (el gallego Castelao, los catalanes Almirall o Companys, el andaluz Blas Infante, etcétera). Y a la hora de buscar precedentes más modernos para un discurso de patriotismo español sano, renovado y democrático, sólo se podía acudir a la tradición de nacionalismo/patriotismo español presente en la izquierda liberal, desde el republicanismo del siglo XIX hasta el presidente Manuel Azaña, pasando por figuras exiliadas próximas al españolismo liberal-democrático como Salvador de Madariaga o Américo Castro. Sin embargo, no se dejará de señalar que el pesimismo historiográfico de estos y otros autores, la tan manida tesis de las dos Españas y, en general, los obsesivos debates acerca del “problema de España” habrían sido debates del pasado en los que no convenía demasiado revolver.

Esto sólo ha cambiado desde la pérdida de la mayoría parlamentaria por el PSOE en 1996, y particularmente desde 1999/2000, si bien ya se prefiguró en la

<sup>11</sup> Véase sobre estas cuestiones HUMLEBÆK, Carsten, “Rethinking Spain: Continuities and ruptures in national discourse after Franco” (Tesis doctoral, Instituto Universitario Europeo, Florencia, 2004). Sobre la cuestión de la instauración del doce de octubre como fiesta nacional, véase también VERNET i LLOBET, Jaume, “El debate parlamentario sobre el 12 de octubre, *Fiesta Nacional de España*”, *Ayer*, 51, 2003, pp. 135-52.

utilización de la memoria de la guerra civil por el PSOE en la campaña electoral de 1993. Sobre todo, porque la memoria de la izquierda dejó de solaparse y entró en contradicción con el discurso conmemorativo e histórico del poder, y asimismo porque surgió una reacción contra los intentos de construcción de una memoria democrática de la nación por parte de la derecha conservadora. Todo ello provocó una vuelta progresiva a la evocación de la guerra civil y el franquismo. La memoria del exilio republicano de 1939, por ejemplo, será objeto ahora de un renovado interés: la exposición inaugurada en el 2002 por la Fundación Pablo Iglesias (próxima al PSOE) en Madrid generó un interés entre los dirigentes, cuadros y seguidores de la izquierda socialdemócrata muy superior al que suscitó una exposición similar promovida en 1989 por la misma Fundación. Del mismo modo, la profunda y variada naturaleza represora del primer franquismo se difunde y publicita, con lo que investigaciones académicas antes condenadas al olvido de las bibliotecas se transforman en atractivos productos editoriales y son objeto de atención periodística y mediática. La negativa del Partido Popular (PP), al menos hasta noviembre del 2002, a condenar explícita y tajantemente el régimen franquista renunciando a cualquier “equidistancia”, son factores que sin duda coadyuvan a ese movimiento de péndulo. Y la búsqueda de puntos de acuerdo con organizaciones situadas a la izquierda del PSOE, así como con los partidos nacionalistas periféricos (incluso con partidos que ideológicamente se sitúan en el centro o en el centro-derecha), que sí cultivan la memoria de la guerra civil y del exilio como mito fundacional y relegitimador, favorece igualmente esa dinámica<sup>12</sup>.

¿Cuál es la variante discursiva del nacionalismo/patriotismo español en el seno de la derecha conservadora y liberal española desde la aprobación de la Constitución, y particularmente desde la década de los noventa? En mi opinión, se pueden señalar cuatro variantes.<sup>13</sup>

En primer lugar, la que podríamos denominar “nostalgia del nacional-

<sup>12</sup> Por supuesto, la memoria histórica de la guerra civil y del franquismo cultivada por los nacionalismos vasco, catalán o gallego, según la cual esos nacionalismos —y, se afirma a menudo, esas naciones— se enfrentaron al fascismo de modo unívoco y frontal (siendo, curiosamente, los únicos nacionalismos sin Estado de Europa occidental, junto con el sardo, que no fueron afectados por la sospecha de colaboracionismo con el fascismo tras 1945), no deja de ser un constructo que funciona como mito relegitimador, socialmente compartido. Pues a) tanto la sociedad vasca como la gallega y la catalana se dividieron internamente entre sectores favorables y opuestos a los rebeldes; b) una motivación fundamental de buena parte de estos movimientos nacionalistas para tomar partido por el Gobierno legítimo consistía en defender las cuotas de autogobierno alcanzadas y no tanto la República en sí —sobre todo en el caso vasco—, así como en contar con bazas para presionar tras una hipotética victoria contra los franquistas para alcanzar niveles más generosos de autogobierno; y c) el discurso nacionalista periférico tendió a desconfiar del “jacobinismo” mostrado por los gobiernos republicanos, particularmente desde mayo de 1937, receló del neopatriotismo republicano propagado por la izquierda y llegó a presentar la guerra como una simple agresión de España (sin matices) contra Euskadi, Cataluña o Galicia. Sin embargo, el hecho es que la posterior represión franquista, y la negación por parte del Nuevo Estado de toda veleidad autonómica, transformó la derrota en una legitimación añadida, que tiene particular vigencia desde la Transición. Por decirlo de algún modo: los hijos políticos de los colaboracionistas de la Lliga (más o menos, CiU) asumen como punto fundamental de su discurso histórico la condena del franquismo y hasta tienen su propios mártires (Carrasco i Formiguera, por ejemplo), del mismo modo que los herederos de la izquierda catalanista.

<sup>13</sup> Hemos desarrollado esta cuestión en NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manuel, “From National-Catholic Nostalgia to Constitutional Patriotism: Conservative Spanish nationalism since the Early 1990s”, en S. Balfour (ed.), *The Politics of Contemporary Spain*, Londres, Routledge, 2004.

catolicismo”. Ésta es patente en la minoritaria extrema derecha, pero también asoma de vez en cuando en el discurso de los exponentes intelectuales de la derecha española: por ejemplo, el fuerte peso del catolicismo y la no menos fuerte impronta de mitos fundacionales como la Reconquista (eliminando de la definición histórica de españolidad la presencia de judíos y musulmanes en suelo hispano) o la Conquista de América, la nostalgia por el Imperio perdido entre el siglo XVII y 1898, el énfasis en Hispanoamérica como área de expansión cultural y política.

En segundo lugar, el “nacionalismo regionalista”: el uso de símbolos y discursos regionales como vía de escape para, a través de la patria local, redescubrir España de modo legitimado. Este discurso se manifestó particularmente durante la segunda mitad de la década de los ochenta y primeros noventa, a través de variantes como el neoforalismo conservador navarro o (en parte) alavés, así como el neorregionalismo autonomista de los conservadores gallegos y baleares, apoyados en su control de sus respectivos gobiernos autónomos. Incluso hoy en día se pueden encontrar claras reminiscencias del mismo en el discurso de los conservadores para toda España, particularmente en aquellos políticos y líderes que provienen de la política autonómica, desde Mariano Rajoy a Eduardo Zaplana. La virtud de esta variante, hoy en retirada, ha consistido en mi opinión en que ha encauzado la aceptación, al principio renuente, del marco autonómico por parte de la derecha conservadora.

En tercer lugar, el que podemos llamar “nacionalismo reactivo”, propiciado por el constante enfrentamiento dialéctico y político con los nacionalismos subestatales, y particularmente con el terrorismo de ETA. Con sus crímenes y su extorsión generalizada a representantes políticos autonómicos y municipales del PP y del PSOE, se puede afirmar que ETA se ha convertido paradójicamente en el agente legitimador por oposición que el neopatriotismo conservador necesitaba. De ahí que en la España actual provengan del País Vasco las posiciones no sólo más intransigentes frente a las demandas políticas de los nacionalismos subestatales, sino también las iniciativas más claramente orientadas a recuperar y reformular democráticamente el nacionalismo español, adoptando sin ambages este término frente a las renunciadas forzadas de los intelectuales españoles en el pasado<sup>14</sup>. Aunque el componente reactivo, como ya señalamos, es común a todo el nacionalismo español no sólo desde la transición, sino desde al menos los albores del siglo XX, es en el campo conservador donde ha tenido mayor incidencia desde la década de los noventa.

En buena parte imbricado con el componente anterior se sitúa el que podríamos denominar neopatriotismo conservador de carácter democrático. Éste ha buscado redefinir la idea de España como nación plural, pero con profundas raíces históricas, relegitimada por la Constitución de 1978 y el Estado de las Autonomías, cuya arquitectura institucional se considera definitivamente cerrada. Este discurso neopatriótico ha adoptado, incluso, el término “patriotismo constitucional”, como reza la ponencia política del mismo nombre aprobada en el último congreso del PP celebrado en enero del 2002. En parte, porque el término ya estaba tan vacío de

<sup>14</sup> Véase URIARTE, Eudurne, “Nación española y nacionalismo español”, *Revista de Occidente*, 248, 2002, pp. 109-32. *Ead.*, “Los intelectuales y la cuestión nacional”, en F. García de Cortázar (coord.), *El Estado de las Autonomías en el siglo XXI: Cierre o apertura indefinida*, Madrid, FAES, 2001, pp. 263-313. Señalamos aquí que el profesor Joseba Gabilondo (Universidad de Reno) está llevando a cabo una investigación, desde un enfoque propio de los *cultural studies*, de la aportación vasca al discurso neonacionalista español.

contenido que su traslación no presentaba problema alguno de encaje en el discurso conservador.

### **Olvidar la dictadura para ganar la nación**

¿Cuál es el lugar, dentro de este discurso, de la memoria de la guerra civil y la dictadura? Persisten en este sentido divergencias prácticamente insalvables entre derecha e izquierda. Ello tiene consecuencias inmediatas en el ámbito político práctico: la coalición entre izquierda española y partidos nacionalistas periféricos sigue pareciendo a buena parte de sus seguidores más legítima democráticamente que la opción por una alianza patriótica española (algo impensable en Francia, por ejemplo), salvo en zonas donde los propios derechos individuales están seriamente amenazados por la persistencia del terrorismo etnonacionalista<sup>15</sup>. Ello no excluye la persistencia de importantes sectores, tanto políticos como intelectuales, afines a la izquierda socialdemócrata que propugnan una suerte de neo-jacobinismo que defienda el papel central de un Estado fuerte como garante de la solidaridad social y territorial. Ese discurso apela de modo no menos intenso a la Historia y patrimonio cultural común de los españoles para aceptar que el marco de realización de la democracia y de la justicia social (España) es una realidad forjada por hechos objetivos<sup>16</sup>. Por lo tanto, el auténtico enemigo a batir no sería otro que los intrínsecamente insolidarios y etnicistas nacionalismos periféricos.

El énfasis en un nuevo patriotismo democrático por parte de los conservadores españoles ha sido acompañado, sin embargo, por una paralela y creciente insistencia en el olvido del pasado que nos desune. Concretamente, en la necesidad de superar y olvidar episodios del pasado colectivo español que son simplemente considerados vergonzosos. Entre estos episodios lamentables se contarían la guerra civil y la dictadura franquista. Pese a que desde fines de la década de 1990 es patente la reaparición de un renovado interés historiográfico y desde otras ciencias sociales por la memoria de las víctimas de la guerra civil, interés que se ha extendido a amplios sectores de la opinión pública española, el discurso oficial del neopatriotismo conservador gobernante consiste en destacar que el franquismo, simplemente, pertenece a un pasado irrelevante para la mayoría de los españoles de hoy. Y como tal ha de ser sepultado bajo una losa de olvido. Es más, su instrumentalización permanente por parte de la izquierda o los nacionalismos periféricos sólo pondría de manifiesto rencor, puntos de vista "anticuados" o interés en reavivar pasadas disputas, ya superadas en el siglo XXI.

El olvido no es general. En primer lugar, el nuevo patriotismo pretende construir y expandir los símbolos comunes de España, así como una liturgia patriótica renovada. El ex-ministro de UCD José Manuel Otero Novás, ahora decidido polemista, apelaba en 1998 a la necesidad de reforzar los ceremoniales patrióticos para reforzar la idea de unidad de España, particularmente a través de la celebración reforzada y solemne del Día de la Hispanidad, aspecto en el que también insistía el líder catalán del PP Aleix Vidal-Quadras, si bien este último apelaba a la necesaria «cohesión emocional apoyada en factores históricos, religiosos, lingüísticos

---

<sup>15</sup> Aun así, ello da lugar a problemas y fricciones que hacen esa alianza frágil, como evidencia a las claras la resistencia de amplios sectores del PSE-EE a las coaliciones de gobierno forales y municipales con el PP en el País Vasco.

<sup>16</sup> Véase por ejemplo ALONSO DE LOS RÍOS, César, *La izquierda y la nación. Una traición políticamente correcta*, Madrid, Planeta, 1999.

o étnicos y concretada en un despliegue de símbolos y liturgias nacionalizadoras, pero [...] sin la apelación irrestricta a la identidad tribal instintiva»<sup>17</sup>. Junto con conmemoraciones y eventos deportivos y mediáticos, servirían de modo eficiente a incrementar la alicaída conciencia nacional de los españoles y a «cohesionar a sectores sociales diversos aportándoles un sentido comunitario, de convivencia común»<sup>18</sup>. Desde 1996, de hecho, los conservadores en el poder se han aplicado conscientemente a la tarea. La expansión del uso oficial y público de la bandera bicolor, así como del himno español y del escudo de armas, han figurado de modo explícito entre los objetivos del Gobierno Aznar. En 1999, el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales publicó un lujosamente editado estudio de los orígenes y evolución de la bandera, el himno y el escudo de España, considerados como una expresión visible de patriotismo democrático capaz de proporcionar cohesión y valores comunes a un pueblo<sup>19</sup>. Traducción práctica de estos postulados han sido los varios intentos gubernamentales por regular por ley el uso de los símbolos, así como el propósito de convertir la Plaza de Colón de Madrid desde septiembre de 2002 en un nuevo lugar de liturgia patriótica, no sólo bajo la gran bandera que allí ondea, sino también mediante la celebración regular de desfiles y homenajes. No en vano, el real decreto 862/1997 ya había establecido que los actos del Día de las Fuerzas Armadas se debían trasladar al doce de octubre, incluyendo el desfile militar y el homenaje a la bandera<sup>20</sup>.

El refuerzo del conocimiento y expansión de los símbolos comunes de España se combina con una no menor insistencia en recobrar la memoria del pasado español desde un prisma positivo, si no glorioso. En general, se afirmará, la historia de España no ha de ser presentada como una serie de fracasos colectivos y excepcionales en el ámbito europeo. Por el contrario, en la memoria más reciente de los españoles se situaría un gran logro que asombró a propios y extraños: la exitosa transición democrática, un éxito compartido por todos y que supuso una suerte de nuevo comienzo sin echar la vista atrás<sup>21</sup>. Este período se contempla como una *success story* que ha contribuido a superar definitivamente los oscuros períodos de decadencia e intolerancia. Por ello, ha de presentarse también como un ejemplo frente a las trágicas confrontaciones civiles del pasado<sup>22</sup>.

Paradójicamente, sin embargo, el orgullo por la transición supone el olvido, por no decir el encierro bajo siete llaves, de lo que viene detrás. Es decir de la mayor parte del siglo XX. Los conservadores han subrayado así repetidamente la conveniencia de dejar a un lado episodios “vergonzosos” como la guerra civil y el franquismo, más aún cuando ello repercute en beneficio de la unidad de la patria

<sup>17</sup> OTERO NOVÁS, José Manuel, *Defensa de la nación española. Frente a la exacerbación de los nacionalismos y ante la duda europea*, s. l. [Toledo], Fénix, 1998, p. 287; VIDAL-QUADRAS, Aleix, *Amarás a tu tribu. Un libro inoportuno y necesario en recuerdo de España*, Barcelona, Planeta, 1998, pp. 195-96.

<sup>18</sup> DE DIEGO VILLAGRÁN, Enrique, *La España posible*, Madrid, Fundación Cánovas del Castillo, 1999, p. 123.

<sup>19</sup> IGLESIAS, Carmen, “Introducción”, en Centro De Estudios Políticos y Constitucionales (ed.), *Símbolos de España*, Madrid, CEPC, 1999, sin paginar.

<sup>20</sup> Entrevista de Esther Esteban con Federico Trillo en *El Mundo*, 14.10.2003; VERNET i LLOBET, Jaume, *op. cit.*, p. 149.

<sup>21</sup> De hecho, ya durante el período de Gobierno socialista se quiso presentar hacia el exterior la Transición española como un modelo a seguir tanto en Latinoamérica como en las nuevas democracias de Europa Oriental, así como como un legítimo motivo de orgullo compartido.

<sup>22</sup> GONZÁLEZ QUIRÓS, José Luis, *op. cit.*, pp. 179-210.

presente y futura. La dictadura franquista, se afirma, no tuvo origen estricto en una confrontación interna entre españoles y, por tanto, no supone un fracaso colectivo de los que habitaban la “piel de toro”. No, surgió de una anomalía: de una manifestación particular del combate entre dos ideologías totalitarias (aunque se afirma que ambas proceden de la misma raíz, o sea, del marxismo...) cuyo campo de juego fue, poco menos que casualmente, España. Por lo tanto, olvídense.

Este viene a ser, resumido, el mensaje del discurso patriótico neoconservador. Un mensaje que se esgrimirá como respuesta frente al renovado interés histórico y público en la recuperación de la memoria de las víctimas silenciadas u olvidadas del franquismo. Este debería ser también preterido. Incluso, según una de las nuevas ideólogas emergentes del neopatriotismo español cercano al propugnado por el PP, la politóloga vasca Edurne Uriarte, la mayoría de los españoles no sólo no recuerdan ese período ya tan distante, sino que, por el contrario, están cada vez más orgullosos del éxito colectivo que habría supuesto la transición. Es más, la mayoría de los españoles no recuerdan el período franquista y la guerra civil en absoluto<sup>23</sup>. Por el contrario, los españoles de a pie sí estarían plenamente orgullosos del logro colectivo que habría supuesto la exitosa vía española para la reconquista de la democracia, y no prestarían gran atención a las «aisladas disputas» relativas a la supervivencia, que aun así reconoce, de reminiscencias del régimen franquista en monumentos a los caídos, nombres de calles o lugares de memoria en general. Sin aprobar la aún notoria pervivencia de esos vestigios, en el fondo se la disculpa indirectamente: dado que es un asunto que supuestamente ya no interesa a las nuevas generaciones, dejemos los nombres de calles y estatuas como están<sup>24</sup>. Es más, las fidelidades políticas pasadas de las dos últimas generaciones de los ciudadanos españoles de hoy no constituirían en absoluto materia de preocupación para la mayoría. En este sentido, el neopatriotismo español del PP parece haber asumido de modo taxativo y hasta sus últimas consecuencias el debatido pacto de silencio forjado durante la transición. Una buena parte del pasado es borrada de un plumazo. Tanto, que José María Aznar afirmaba en 1994, y reiteraba en el 2000, que entre 1812 y 1978 se extendía un largo período de “anormalidad” histórica de España que convenía obviar para construir un nuevo proyecto de futuro. España, realidad histórica forjada en el siglo XV por la agencia de la Monarquía y la existencia de un —otra vez la sombra de Ortega— proyecto común, bien expresado en la generosa conquista de América, tendría una tradición que legitimaría su condición nacional. Y esa tradición precede a las primeras constituciones liberales<sup>25</sup>.

En consecuencia, el neopatriotismo conservador español no opta simplemente por reescribir la historia de España partiendo de un hipotético punto

<sup>23</sup> Algo, por cierto, desmentido por las encuestas que muestran que el porcentaje de españoles que declaraban no haber olvidado la Guerra Civil aumentó de un 48 % en 1995 a un 51% en el 2000. Citado por MORADIELLOS, Enrique, “Ni gesta heroica, ni locura trágica: nuevas perspectivas históricas sobre la guerra civil”, *Ayer*, 50, 2003, pp. 11-39.

<sup>24</sup> DE DIEGO VILLAGRÁN, Enrique, *op. cit.*, pp. 110-11; URIARTE, Edurne, *España, patriotismo y nación*, Madrid, Espasa-Calpe, 2003, pp. 159-62. Sobre la aún notable supervivencia de nombres de calles y plazas dedicadas a los héroes franquistas, que afecta a más de un diez por ciento de los municipios españoles, véase DUCH PLANAS, Montserrat, “Toponimia franquista en democracia”, en C. Forcadell *et alii* (eds.), *Usos públicos de la historia*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2002, vol. I, pp. 377-90.

<sup>25</sup> AZNAR, José M<sup>o</sup>, *España, la segunda transición*, Madrid, Espasa-Calpe, 1994; *id.*, “Discurso”, *Revista de Occidente*, 229, 2000, pp. 109-21.

cero, el éxito de la transición democrática como inicio de un nuevo pacto cívico y ciudadano para constituir una renovada nación española. Nada más alejado de la realidad. La transición se presenta como una reactualización política de una forma de lealtad a España con «hondas raíces en nuestra historia», que habría de servir para mirar al futuro desde una base histórica sólida y segura. Así lo afirma claramente la ponencia sobre “El patriotismo constitucional del siglo XXI” aprobada por el XIV Congreso del Partido Popular en enero de 2002. La españolidad debía ser aceptada por los ciudadanos de modo natural y sin «complejos históricos». Pues España, nación forjada por los siglos, no tendría bases étnicas de que avergonzarse, sino históricas y culturales, además de políticas, expresadas en su importante contribución a la historia y la cultura universales<sup>26</sup>.

Ciertamente, durante una primera fase (primera mitad de la década de 1990) el neopatriotismo conservador intentó sin gran éxito reivindicar la figura de los liberales y republicanos de izquierda “burguesa” de la II República, como Manuel Azaña, cuya memoria fue vindicada a mediados de los años noventa por el mismísimo José M<sup>a</sup> Aznar y por varios publicistas conservadores, entre ellos el conspicuo y mordaz periodista Federico Jiménez Losantos<sup>27</sup>. La escasa simpatía de Azaña por los nacionalismos periféricos, sobre todo por el vasco, de lo que son elocuente testimonio escritos como *La velada en Benicarló* o sus *Memorias políticas y de guerra*, justificaba en parte esa querencia<sup>28</sup>. Posteriormente, sin embargo, el período republicano y la guerra civil pasaron a ser cuidadosamente evitados, y desde fines de la década de los noventa se mantendrá por norma general una versión implícitamente condenatoria de la II República, así como del propio papel de Azaña en los orígenes de la guerra civil<sup>29</sup>. Se preferirá, por el contrario, apelar a épocas anteriores, bordeando también el problemático período de la dictadura de Primo de Rivera. Épocas, por otro lado, menos conflictivas. Por el contrario, se reivindicarán dentro de la historia contemporánea hispánica aquellos períodos que se caracterizaron por un valor clave y bien caro a los conservadores en todo tiempo y lugar: la estabilidad parlamentaria y constitucional. De ahí el énfasis en la primera fase del régimen parlamentario de la Monarquía constitucional de la Restauración borbónica (1874-1898), y la revalorización de figuras como el primer ministro conservador Antonio Cánovas del Castillo, uno de los viejos iconos de la derecha postfranquista<sup>30</sup>. Según esta (re)interpretación, tanto Cánovas como, en general, los gobiernos de la Restauración hasta 1917 se habían propuesto la redefinición de la conciencia nacional española sobre la base de la elaboración de un proyecto nacional liberal y más o menos secularizado. Por lo tanto, sería legítimo y conveniente, desde la perspectiva actual, volver a insistir en los valores positivos del denostado régimen de la Restauración, incluyendo su apuesta por una estabilidad política gracias al turno pacífico, y que repercutiría en la consolidación de ese proyecto nacional. Esa

<sup>26</sup> PIQUÉ, Josep, y SAN GIL, María, “El patriotismo constitucional del siglo XXI”, enero del 2002 (disponible en: [www.ppvizcaya.com/pages/patrio.html](http://www.ppvizcaya.com/pages/patrio.html)).

<sup>27</sup> Véase el análisis de GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, “El retorno de la “tradición” liberal-conservadora (el “discurso” histórico-político de la nueva derecha española)”, *Ayer*, 22 (1996), pp. 71-87.

<sup>28</sup> JIMÉNEZ LOSANTOS, Federico, *La última salida de Manuel Azaña*, Barcelona, Planeta, 1994.

<sup>29</sup> Véase por ejemplo SUÁREZ FERNÁNDEZ, Federico, *Azaña y la guerra del 36*, Madrid: Rialp, 2000.

<sup>30</sup> Véase por ejemplo BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso, y ROCA DE TOGORES, Luis E. (eds.), *Cánovas y su época*, Madrid, Fundación Cánovas del Castillo, 1999.

estabilidad nacional conseguida gracias al consenso básico sobre la definición de qué es España y su estructuración territorial entre conservadores y liberales, por lo tanto, sería lo que se echaría en falta entre conservadores y socialistas españoles en los albores del siglo XXI<sup>31</sup>. Es más, la muerte de Cánovas a manos de un terrorista anarquista vendría a simbolizar implícitamente que la inestabilidad posterior que condujo a la primera crisis autoritaria (dictadura de Primo de Rivera) y posteriormente al caos de la II República y el fracaso de la guerra civil, se debió ante todo a la impaciencia de la izquierda y, más tarde, de los nacionalistas periféricos. Situación que sería en cierto modo paralela a la que viviría la España democrática desde 1978: sólo una parte de la izquierda y los nacionalistas de siempre estarían intentado romper sistemáticamente el consenso alcanzado en la transición. Sin embargo, las «dosis de pesimismo y angustia vital directamente heredados de nuestros intelectuales del 98» y por los regeneracionistas habrían generado una visión pesimista del régimen canovista, que no hace justicia a la viabilidad a largo plazo del proyecto nacional de Cánovas, acosado por la impaciencia revolucionaria de la izquierda y los nacionalistas periféricos. Una visión que habría sido mantenida en lo esencial por el exilio republicano de 1939 y por historiadores de tendencia liberal como Américo Castro o Claudio Sánchez Albornoz. Pero habría llegado el momento de revisar esa imagen deformada<sup>32</sup>.

No sólo hay que cubrir bajo un tupido velo el período que va, en la práctica, de 1923 a 1975-78 y redescubrir la hermosa estabilidad parlamentaria de la Restauración. También hay que superar la visión pesimista de la Historia de España durante la Edad Moderna. Sí, aquella historiografía anticuada, relicto igualmente del nefasto pesimismo heredado del 98, continuada por la generación de 1914 y por los intelectuales exiliados, que la presenta como un Imperio en continua decadencia desde los comienzos del siglo XVII, como un solar de oscurantismo y fanatismo religioso, y como un Estado ineficiente y poco modernizador, que acabó provocando que «España parece infectada por algún pecado original que los historiadores escudriñan»<sup>33</sup>. Un nuevo proyecto nacional no sólo necesita de una nueva narrativa del pasado próximo, sino también de una nueva visión del pasado remoto, que destaque sus aspectos positivos aunque huya de arrebatos místicos. Sin embargo, ese énfasis en la revisión del pesimismo poco menos que antipatriota no se ha traducido en una auténtica renovación historiográfica que haga emerger nuevos puntos de vista sólidamente fundados en fuentes, metodologías e interpretaciones novedosas, o que recoja los esfuerzos de buena parte de la historiografía española y extranjera que ha reinterpretado el pasado mediante un perfeccionamiento de sus instrumentos teóricos y metodológicos, así como de su perspectiva comparativa. Por el contrario, con pocas excepciones se trata de una poco disimulada vuelta a los cantos de las *laudes Hispaniae*, cuya dependencia de los patrones discursivos heredados de la historiografía tradicionalista y nacionalcatólica no puede ser negada, combinada con un gusto por la historia descriptiva clásica centrada en grandes figuras: una Historia como las de antes, bien provista de fechas y celebridades, de batallas y gestas, y sin hacer demasiado caso de lo escrito por hispanistas extranjeros que sólo quieren recrear su chauvinismo en las llagas hispánicas. Buena prueba de ello es el apoyo oficial prestado desde 1996 a la recuperación de las personalidades más

<sup>31</sup> PÉREZ DE ARMIÑÁN Y DE LA SERNA, Alfredo, "El consenso constitucional y el Estado autonómico", *Nueva Revista*, Vol. 56 (1998), pp. 8-12

<sup>32</sup> DE DIEGO VILLAGRÁN, Enrique, *op. cit.*, pp. 120-21.

<sup>33</sup> URIARTE, *España, op. cit.*, pp. 166-68; DE DIEGO VILLAGRÁN, Enrique, *op. cit.*, pp. 101-02.

representativas de la edad de oro del Imperio español, desde la reina Isabel de Castilla hasta Felipe II, así como la cobertura publicística y editorial recibida por una nueva ola de biografías y recreaciones del pasado imperial. Algunas de estas biografías, escritas por veteranos historiadores de la Real Academia de la Historia con absoluto desprecio de las aportaciones de la historiografía moderna, se han convertido ciertamente en auténticos éxitos de ventas, algo que también sugiere que una parte de la opinión pública demanda también la recuperación de esos puntos “cardinales” del pasado español situados en la época del Imperio.<sup>34</sup> Pero no es sólo que el enfoque historiográfico de estos trabajos sea sumamente tradicional, sino que su propósito expreso no es acercar los progresos de la historiografía al gran público (algo en sí loable), sino el reincidir en los viejos tópicos de la España imperial, presentando una visión decididamente positiva de estos personajes que vienen a simbolizar el pasado, el presente y el futuro de España en su unidad y grandeza<sup>35</sup>, incluso cuando la comunidad política española no existía (como durante la Edad Media)<sup>36</sup>. El renovado interés por la edad de oro del Imperio corre pareja a la persistencia e insistencia en lo que podríamos denominar una interpretación benévola del descubrimiento y colonización de América desde 1492, que sin caer en las hagiografías de conquistadores heroicos del pasado sí acaba concluyendo que constituyó la gran aportación española a la historia universal, y por tanto que ocupa un lugar irrenunciable en la legitimidad histórica de España.

Aún se puede ir más lejos. ¿Por qué no Indíbil y Mandonio, la resistencia al invasor cartaginés, Séneca y Trajano? Algunos publicistas de notable influencia mediática, como Federico Jiménez Losantos, no se recatan en hacer retroceder los orígenes de España a los tiempos prerromanos y tartésicos<sup>37</sup>. España, según afirmaba recientemente una figura tan relevante como el diputado conservador y padre de la Constitución Gabriel Cisneros, existiría ya como realidad política desde la unión dinástica de Castilla y Aragón, pero como realidad ontológica desde al menos la época romana<sup>38</sup>.

La reconstrucción de esa memoria histórica española aparentemente renovada sigue siendo, por lo tanto, fuertemente dependiente de varios de los viejos moldes discursivos heredados de la historiografía nacionalista del siglo XIX y de la tradicionalista del siglo XX, incluyendo la versión dominante impuesta por el nacionalcatolicismo. Pero a ella se dedican recursos públicos en forma de conmemoraciones, exposiciones y subvenciones. Buena prueba de ello es el apoyo oficial brindado desde 1996 a la recuperación de personalidades y figuras históricas que encarnan la unidad peninsular y la Edad de Oro del Imperio español, como el

<sup>34</sup> Véase por ejemplo FERNÁNDEZ ALVAREZ, Manuel, *Carlos V, el César y el hombre*, Madrid, Espasa Calpe, 1999, e *id.*, *Isabel la Católica*, Madrid, Espasa-Calpe, 2003.

<sup>35</sup> SÁEZ ARANCE, Antonio, “Auf der Suche nach einem neuen ‘demokratischen Zentralismus’? Nationalkonservativer Geschichtsrevisionismus im Spanien der Jahrhundertwende”, comunicación inédita al Coloquio *Diktaturbewältigung, Erinnerungs-politik, Geschichtskultur - Polen und Spanien im Vergleich*, Wrocław/Kryzowa, 12-15-VI-2003.

<sup>36</sup> Véase por ejemplo VACA DE OSMA, José Antonio, *Grandes reyes españoles de la Edad Media*, Madrid, Espasa-Calpe, 2003.

<sup>37</sup> JIMÉNEZ LOSANTOS, Federico, *Los nuestros. Cien vidas en la historia de España*, Barcelona, Planeta, 1999. Para un análisis del neohistoricismo españolista de Jiménez Losantos, véase SONG, H. Rosi, “Defending the Idea of Spain against Democracy in the Texts of Federico Jiménez Losantos”, artículo inédito, 2003.

<sup>38</sup> CISNEROS LABORDA, Gabriel, “La España en la que cabemos todos”, en FERNÁNDEZ, Tomás, y LABORDA, Juan José (eds.), *España ¿cabemos todos?*, Madrid, Alianza, 2002, pp. 103-24.

emperador habsbúrgico Carlos I y el rey Felipe II, así como la figura de la reina Isabel la Católica. Así se expresa también no sólo en la mayor uniformización de contenidos en todas las Comunidades Autónomas, sino también en la marcada preferencia por la restauración de la narrativa clásica y cronológica de la Historia de España en la Enseñanza Media promovida por el Ministerio de Educación desde 1997<sup>39</sup>. E, igualmente, así se deja ver en la marcada querencia por las instituciones más conservadoras de la historiografía española que siguen fieles a los postulados clásicos de la historiografía nacionalista española del XIX, como la Real Academia de la Historia. Esta última institución, como es público y notorio, no ha ocultado su decidido compromiso en reescribir la historia de España evocando, con formas sólo algo menos retóricas que la historiografía franquista, sus fastos imperiales<sup>40</sup>.

La reinterpretación del pasado remoto debe, además, cumplir otro papel adicional y más presentista. Si la historia de España no es una patología constante y duradera, la guerra civil tampoco ha de ser vista como el culmen final, el inevitable momento de crisis de una enfermedad largo tiempo arrastrada. Esta última perspectiva habría tenido el efecto perverso de crear en las generaciones de españoles pasadas y futuras una suerte de carga histórica, según la cual «las responsabilidades de una generación se extienden a una larga progenie y amenazan el porvenir de las futuras porque se presentan como huella indeleble de la naturaleza». La guerra civil, por el contrario, no hundiría sus raíces en la anormalidad y el fanatismo heredado de la Edad Media, afirmará uno de los exponentes intelectuales neoliberales de la Fundación Cánovas del Castillo, Enrique de Diego Villagrán. No, fue consecuencia de una dinámica inducida desde fuera, de la lucha «entre las dos formas de opresión en pugna durante los años treinta: el bolchevismo y el fascismo», ambos «deudos de la madre de todos los totalitarismos modernos: el marxismo». El franquismo, con su instrumentalización como mito de origen legitimador de la guerra civil, habría hecho perdurar un “desasosiego” y un fuerte complejo de culpa patriótica en la generación que protagonizó la transición. Pero 20 años después, cuando las generaciones marcadas por la guerra civil e incluso las que «tuvieron una vivencia más directa y racionalizada del franquismo» están desapareciendo biológicamente, se evaporarían con ellas «esos lastres psicológicos, esos chantajes morales». De ahí la «necesidad revisionista» de reinterpretar la guerra civil, no «a la luz de las expulsiones de judíos y moriscos», sino teniendo en cuenta la fuerte «infectación [*sic*] totalitaria» de las fuerzas políticas españolas<sup>41</sup>. Ciertamente, esta visión dialoga con la intrahistoria unamuniana y las ideas acerca de la psicología colectiva del pueblo español que tanto interesaban a Altamira, Sánchez Albornoz o Américo Castro, y muy poco o nada con la historiografía moderna de la guerra civil y el franquismo. Pero la línea que va de la reinterpretación de la Edad Media a la de la guerra civil está trazada, de modo casi teleológico aunque errático. Y los grandes rasgos directores del programa que, de modo más o menos consecuente, desarrollará una pléyade de publicistas posteriores, también.

¿Y Franco? Es cierto que esta memoria histórica oficial del conservadurismo español actual, también presentada como una memoria patriótica,

<sup>39</sup> Véase ORTIZ DE ORRUÑO, José M<sup>a</sup> (ed.), *Historia y sistema educativo*, Madrid, Marcial Pons, 1998, y PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio, et al., *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica, 2000.

<sup>40</sup> REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, *España. Reflexiones sobre el ser de España*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1997, e *id.*, *España como nación*, Barcelona, Planeta, 2000.

<sup>41</sup> DE DIEGO VILLAGRÁN, op. cit., pp. 107-16.

elude en lo posible aludir al franquismo. Ciertamente, expresa su rechazo hacia el mismo de modo más bien genérico, aunque se suele eludir el término “dictadura”. Pero pasa por alto aspectos importantes, como la feroz represión llevada a cabo por el bando vencedor. Es cierto que en fecha tan simbólica como el 20 de noviembre del 2002 el grupo parlamentario popular en el Congreso de los Diputados aceptó suscribir una resolución de condena del régimen franquista y un reconocimiento explícito a las víctimas del franquismo. Sin embargo, desde fines de 2002, y como una suerte de compensación de ese gesto —arrancado, no lo olvidemos, por el conjunto de la oposición parlamentaria, y aceptado por parte de los conservadores como un punto final que debería acabar con las “interminables” discusiones sobre las responsabilidades derivadas de la guerra civil y evitar su “manipulación” partidista—, se observa un cierto resurgimiento de la posición revisionista. De entrada, la concesión de los populares en sede parlamentaria ha sido duramente criticada por parte de algunos portavoces intelectuales cercanos al partido del Gobierno<sup>42</sup>. Pero, sobre todo, es de destacar el cierto apoyo, no siempre disimulado, por parte de medios periodísticos afines al PP, incluido el segundo canal de la Televisión pública española, a una nueva generación (aunque no en términos estrictamente biológicos) de historiadores profesionales y, particularmente, escritores de la historia no profesionales. Algunos, como el antiguo miembro del GRAPO Pío Moa, han experimentado un auténtico éxito editorial —como *Los mitos de la Guerra Civil*—, insistiendo en argumentos como la responsabilidad compartida de la izquierda y los republicanos liberales en el estallido de la guerra civil o la relativización de las dimensiones de la represión franquista.<sup>43</sup> Otros han procedido a recuperar episodios como la guerra de Marruecos y figuras históricas del bando insurgente bajo una luz favorable, algunas tan dudosamente recuperables desde una perspectiva liberal-democrática como el general Millán Astray<sup>44</sup>...

No nos vamos a extender aquí en la crítica historiográfica detallada a las afirmaciones de Moa y otros autores, que ya ha sido expuesta con fundamento por otros autores. Baste señalar, de entrada, que este revisionismo no es nuevo. Además de las numerosas obras de historiadores y publicistas de una generación anterior, como Ricardo de la Cierva, el objetivo de proceder a una “revisión” de la historia de la guerra civil española, como hemos visto, ya había sido enunciado con anterioridad, al igual que la teoría de que la guerra civil habría sido consecuencia meramente de una suerte de contaminación totalitaria de las fuerzas políticas españolas, instilada por el contexto europeo, y habría frustrado los intentos modernizadores y hondamente imbuidos de un deseo de regenerar el cuerpo nacional español de los liberales republicanos más o menos moderados y buenos patriotas, como el mismo Manuel Azaña. Proyectos totalitarios como los incubados por el socialismo español, empezando por su máximo dirigente Largo Caballero, habrían traicionado esos

<sup>42</sup> Véase ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel, “Pactar un olvido colectivo o denunciarlo. El control público de la memoria histórica”, *Nueva Revista*, 85, 2003, pp. 15-26.

<sup>43</sup> MOA, Pío, *La Segunda República y el maniqueísmo histórico. El derrumbe de la Segunda República y la Guerra civil*, Madrid, Encuentro, 2001; *id.*, *Mitos de la guerra civil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2002, e *id.*, *Contra la mentira: Guerra civil, izquierda, nacionalistas y jacobinismo*, Madrid, LibrosLibres, 2003.

<sup>44</sup> TOGORES SÁNCHEZ, Luis Eugenio, *Millán Astray*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003.

propósitos<sup>45</sup>. Pero los foros políticos, intelectuales y mediáticos próximos a los conservadores han reasumido y reinterpretado el moa-revisionismo a la luz de las circunstancias políticas de la España del siglo XXI, y particularmente del recrudecimiento del debate sobre la cuestión nacional y la estructuración territorial del Estado. Ante la deriva soberanista del nacionalismo vasco, la salida de las catacumbas del nacionalismo gallego y la presión catalanista por un mayor autogobierno, la cohesión nacional de España vuelve a estar en peligro, se afirmará explícitamente. ¿Y qué hace la izquierda española? Pues lo de siempre. Repetir el error de Largo Caballero durante los años treinta y, en definitiva, durante la guerra civil, nos viene a decir el mismo Moa entre otros. La izquierda —tanto liberal-republicana como obrera— cometió el inmenso error entre 1931 y 1939 de apoyar al comunismo de inspiración soviética y al separatismo, manifiesto ya en la intentona supuestamente independentista de Companys en octubre de 1934, aliados cuyos intereses serían opuestos a la continuidad de España como nación soberana. Esta equivocación, perpetuada durante el exilio y la transición, se estaría reproduciendo en los albores del siglo XXI, amenazando de nuevo dramáticamente la unidad de España, y con ella, de manera indisolublemente unida, la libertad de sus ciudadanos<sup>46</sup>.

Una historia convenientemente revisada, por lo tanto, debería mostrar el camino correcto para la defensa de la unidad de España y alejar de sus connivencias con los nacionalismos periféricos a una izquierda hoy atribulada y desorientada, presa de los complejos del pasado. Así lo proclaman en distintos medios los más diversos publicistas próximos a la derecha conservadora, haciéndose eco particular de los autores aquí reseñados o incluso de autores más críticos con las mitologías clásicas de la Historia de España, pero no menos afines a la revisión del “filo-nacionalismo periférico” de las izquierdas españolas, como Fernando García de Cortázar<sup>47</sup>. El objetivo final, ya enunciado en vísperas de la mayoría absoluta conservadora en marzo del 2000, sería proceder a una suerte de *Historikerstreit* a la española, un debate público sobre las responsabilidades de la guerra civil, que en términos políticos también supondría una superación definitiva por parte de la izquierda española de sus reflejos antipatrióticos y su decidido abrazo de una alianza estratégica con el partido conservador alrededor de la preservación de la idea de España. Cánovas necesita imperiosamente de un Sagasta. Sin embargo, entre la pléyade de publicistas todavía no ha surgido el Ernst Nolte español que otorgue legitimidad académica e intelectual a esa pretensión de una *Historikerstreit* a la hispánica. Y los escritores del pasado vistos hasta ahora no llenan ese déficit de legitimidad.

<sup>45</sup> DE DIEGO VILLAGRÁN, *op. cit.*, p. 115; en el mismo sentido, varias de las contribuciones recogidas en BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso, y TOGORES SÁNCHEZ, Luis Eugenio (eds.), *Revisión de la Guerra Civil*, Madrid, Actas, 2002.

<sup>46</sup> Véase, por ejemplo, la contribución del mismo Moa en LASSALLE, José M<sup>a</sup> (ed.), *España, un hecho*, Madrid, FAES, 2003: la izquierda fue incapaz durante los años treinta de elaborar y defender una idea común de España. Algo que sería comparable a la situación actual. En los mismos términos insiste la recensión de FERNÁNDEZ BARBADILLO, Pedro, “Los mitos de la guerra civil”, *Veintiuno. Revista de Pensamiento y Cultura*, 57, 2003, pp. 159-61, así como SÁNCHEZ MARTÍNEZ, Antonio, “Pío Moa, sus censores y la Historia de España”, *El Catoblepas. Revista crítica del presente*, 14, 2003, que está disponible en <http://www.nodulo.org/ec/2003/no14p14.htm>.

<sup>47</sup> Por poner un ejemplo reciente entre mil, véase DE LA VEGA, Alfonso, “La otra palabra perdida”, *La Voz de Galicia*, 25-I-2004, p. 6.

Estas visiones conflictivas de la historia y de la memoria de la guerra civil se benefician en buena medida de la permanente distancia existente entre la memoria oficial y popular de la guerra civil, por un lado, y la propia memoria de la misma fundamentada en el conocimiento histórico.<sup>48</sup> E, incluso, se establece así una suerte de dialéctica publicística, para la que existe un mercado editorial y un eco en la opinión pública, dividida todavía de algún modo en *Lager* concurrentes. Algunos ejemplos nos ilustran esta dinámica poco menos que especular. Así, ha cristalizado entre la opinión pública de izquierda una preocupación por recuperar la memoria de los represaliados del franquismo enterrados en más de 800 fosas comunes repartidas por el territorio español, acompañada de un renovado interés de la historiografía profesional por desvelar la insospechada profundidad de la represión franquista, desde algunos sectores de la opinión pública conservadora se ha levantado —aunque más débilmente— la bandera de la recuperación de los restos de los 4.000 “caídos” de la División Azul sepultados en Rusia, y de su traslado a España para ser inhumados en sus localidades de origen<sup>49</sup>. Igualmente, se ha redescubierto y prestado nuevo interés a la persistente insistencia en la represión del bando republicano —puesta de manifiesto incluso en fenómenos curiosos, como la inicial —y superficial— recepción favorable desde la opinión pública conservadora de la novela de Javier Cercas *Soldados de Salamina*, pese a que el mensaje último de esta última no sea precisamente reivindicar el franquismo, sino más bien al anónimo miliciano que perdonó la vida al escritor falangista Sánchez Mazas y después participó en la II guerra mundial en el bando aliado<sup>50</sup>.

### Un pasado que no pasa

La tortuosa relación con su memoria histórica reciente, manifiesta en la derecha democrática española, muestra claramente cuáles son los límites de su “patriotismo constitucional”. Al contrario que su ahora invocado Habermas, los conservadores españoles se apropian del término sin haber previamente llevado a cabo una rigurosa *Vergangenheitsbewältigung*, es decir, una crítica sincera y radical del pasado reciente y particularmente de la forma hispánica de dictadura antidemocrática: de fascismo, en definitiva. El eludir esa crítica del pasado histórico constituye un rasgo distintivo, en mi opinión, del patriotismo neoconservador, por más que en alguno de sus mentores, como puede ser el caso de Ederne Uriarte, no esté tan presente el descarnado historicismo que sí asoma en otros sectores intelectuales y políticos cercanos al PP. Sin embargo, sí se comparte el olvido<sup>51</sup>. No existe en este caso un rechazo explícito y claro del franquismo y su herencia, y por lo tanto no existe una refundación de la comunidad nacional (española) sobre la base de lo que podríamos denominar un común *compromiso antifascista*. La ausencia de ese elemento básico contribuye decisivamente, en nuestra opinión, a que el discurso

<sup>48</sup> YUSTA, Mercedes, «Histoire et mémoire de la Guerre Civile dans l'historiographie espagnole contemporaine», *Matériaux pour l'Histoire de Nôtre Temps*, 70, 2003, pp. 51-58

<sup>49</sup> GARRIDO POLONIO, Fernando, y GARRIDO POLONIO, Miguel Ángel, *Nieve Roja. Españoles desaparecidos en el frente ruso*, Madrid, Oberon, 2002.

<sup>50</sup> CERCAS, Javier, *Soldados de Salamina*, Barcelona, Tusquets, 2001.

<sup>51</sup> Disiento un tanto, en este sentido, de la valoración del discurso neonacionalista español de Ederne Uriarte como mero «momento de reforzamiento del sistema democrático español», rechazando la etiqueta de neoconservador, que efectúa DE BLAS GUERRERO, Andrés, “La rectificación ante la cuestión nacional”, *El País*, 15-V-2002, p. 15.

actual del patriotismo constitucional conservador se quede en un producto híbrido y doctrinalmente poco coherente, cuya pretensión de adaptar el postnacionalismo habermasiano se queda simplemente en un nuevo ropaje del nacionalismo constitucional (que sería su definición más adecuada). Ello lastra su credibilidad más allá del campo de los propios correligionarios, condición indispensable para convertirse en un auténtico discurso nacional cívico e integrador. Por el contrario, el énfasis en los logros colectivos recientes y posteriores al franquismo. La modernización de España tras 1975, el supuesto éxito compartido de la transición, el olvido de una guerra y un régimen que supuestamente no significarían ya nada para las nuevas generaciones, la superación de “pasadas disputas” expresada en la forja de un pacto constitucional, se complementan con una sutil historicización no sólo del período de la transición, sino también de la propia Constitución de 1978, que se convierte en una suerte de pétreo patrimonio histórico reciente y común de los españoles. Y por ello no se debe alterar: en vez de ser una guía adaptable de convivencia y consenso, deviene poco más que un monumento a añadir a los lugares de memoria hispánicos<sup>52</sup>.

Una vía fundamental y complementaria, sin embargo, para crear la cohesión nacional no sólo es el compartir lo común. También lo es el compartir el adversario. Y aquí también hay poco de nuevo. Para el neopatriotismo español de signo conservador, el otro que legitima su afirmación de la nación son sus enemigos, y por extensión perifrástica los de las libertades democráticas, no pasados, sino presentes y futuros: el nacionalismo étnico subestatal opuesto a una españolidad que se entiende legitimada por la historia compartida y los valores cívicos encarnados en la Constitución. Y, sobre todo, el enemigo más dañino: la violencia terrorista alentada y cobijada por el nacionalismo radical vasco, acompañada de intolerancia social y exclusión. Explícitamente afirma Eudurne Uriarte que la persecución de ETA a la pluralidad y la democracia ha forzado la transformación de la idea de España, al mostrar claramente a los ciudadanos que «España es democracia y que la anti-España es totalitarismo, crimen y persecución»<sup>53</sup>.

Sin embargo, el hecho de que la derecha conservadora siga prefiriendo sepultar el franquismo bajo un manto de silencio, en lugar de abordar críticamente su propia genealogía, sigue introduciendo un factor de permanente división entre los proyectos patrióticos de la izquierda y la derecha, pese a compartir numerosos puntos en común y, en buena medida, adversarios comunes. Felipe González lo recordaba recientemente de modo explícito, en diálogo con el antiguo director del periódico *El País* Juan Luis Cebrián: José María Aznar no tendría razón en denigrar a todos los nacionalistas periféricos, pues lo que el presidente catalán Jordi Pujol y González tendrían en común es haber sufrido cárcel o persecución durante el franquismo. ¿Qué hacía entonces José M<sup>a</sup> Aznar? Estudiar, y escribir en 1978-79 invectivas contra la Constitución en un periódico local de Logroño. Y en sus tiempos mozos llegó a definirse como “joseantoniano”<sup>54</sup>. Y es que ese pasado, que muchos recuerdan, todavía no ha pasado.

---

<sup>52</sup> Sobre el énfasis neoconservador en la “historicización” de la Constitución de 1978, véase SONG, H. Rosi, “Cap a una «España unida». La producció del patriotisme constitucional”, en VV. AA., *Les mentides del PP*, Barcelona, 2003, pp. 34-49.

<sup>53</sup> URIARTE, Eudurne, *España*, p. 124.

<sup>54</sup> GONZÁLEZ, Felipe, y CEBRIÁN, Juan Luis, *El futuro ya no es lo que era: una conversación*, Madrid, Aguilar, 2001.